

»Conformarse en todo con el espíritu de elevación y dulzura del Evangelio; marchar con el tiempo; defender la libertad por medio de la autoridad de la religión, predicar obediencia á la Carta, así como sumisión al monarca; hacer que resuenen en el pulpito palabras de compasión en obsequio de los que sufren, cualquiera que sea el país y culto á que pertenezcan; reanimar la fe con el ardor de la caridad; esto es según mi opinión, lo que daría al clero la potestad legítima que debe ejercer y le salvaría de la irreparable ruina á que se lanza caminando por el sendero opuesto. Ciertamente es que la sociedad no puede sostenerse sino apoyándose en el altar, pero los ornamentos de este deben cambiar al tenor de los siglos y con arreglo á los progresos del espíritu humano. Si el santuario de la Divinidad es hermoso entre sombras, aun lo es mucho más estando bañado de claridad: la cruz es el estandarte de la civilización.»

»No me haré incrédulo, sino cuando me habrán demostrado que el Cristianismo es incompatible con la libertad; entonces dejaré de considerar como verdadera una religión opuesta á la dignidad del hombre. ¿Cómo podría creer que dimanara del cielo un culto que sofocase los sentimientos nobles y generosos, que degradara el alma, que cortara las alas al genio y que abominara la luz en vez de convertirla en un nuevo medio de elevarse á la contemplación de las obras de Dios? Por muy sensible que me fuera no podría menos de convenir á pesar mío en que me estaba alimentando de quimeras, y con horror me acercaría á la tumba donde en vez de encontrar el esperado reposo sólo encontraba la nada.»

Más no es tal por cierto el carácter de la verdadera religión: el Cristianismo á mi modo de ver lleva consigo dos pruebas evidentes de su celestial origen: por medio de su moral, propende á librarnos de las pasiones, y por medio de su política, destruye la esclavitud. Luego el Cristianismo es una religión de libertad; esa religión es la mía.

Podría creerse que en aquellas páginas en que manifesté que *mañana caminaría con paso seguro al cadalso en obsequio de mi fe* y que *no corregía ni una sílaba de lo que había dicho en el Genio del Cristianismo*; podría creerse que personas caritativas hayan encontrado en ellas motivos para acusarme de *filosofismo*?—¿Cómo así? ¡Ah! ¿pues no habeis echado de ver esta abominable manifestación del error? *Perteneczo á la comunión general, natural y pública de todos los hombres que desde la creación del mundo han estado acordes en todo el ámbito de la tierra en elevar á Dios su oración.*

En buena lógica, no puedo yo pertenecer á la gran comunión de los hombres que han elevado á Dios sus oraciones desde los patriarcas hasta los gentiles de los tiempos modernos que no conocían aun el Evangelio; no puedo, vuelvo á decir, pertenecer á esa comunión, sin cesar de conocer y rogar á Dios á la manera de los cristianos? Pero pasemos adelante.

Aun soy mucho más culpable; pues añado la *herejía al filosofismo*, como lo acreditan estas palabras: *soy cristiano*. Esto es puro protestantismo; pues debía haber dicho: *soy católico-apostólico-romano*. Bien está: soy hereje porque me he servido de aquella célebre expresión que repetían los mártires al marchar al suplicio: *¡soy cristiano!*

Más si en el mismo párrafo manifesté: que *caminaría con paso seguro al cadalso en obsequio de mi fe*, que *no corregía ni una sola sílaba de lo que había dicho en el Genio del Cristianismo*, queda aun alguna duda acerca de mis opiniones? La obra de la cual no quiero *corregir ni una sílaba* no es por ventura la apología más completa de la religión católico-apostólico-romana? ¡Ah! piadosos comentadores míos, no son esas las frases que os han herido. Muy ortodoxo me encontraríais si antes y después de las palabras,

yo soy cristiano no se leyeran estos diversos pasajes: *No soy cristiano para traficar como con títulos de privilegio, en materia de religión... No soy mercader de opiniones, ni especulo con ellas... Independiente de toda traba exceptuando la de gratitud á mi criador, soy cristiano, sin perder por eso de vista mis propias debilidades, sin proponerme por modelo sin ser perseguidor, inquisidor ni delator, sin exponer la conducta de mis hermanos... sin calumniar los hechos de mis vecinos... No explico el Evangelio en provecho de la tiranía, sino en beneficio de la desgracia... Marchar con el tiempo; defender la libertad por medio de la autoridad de la religión; predicar obediencia á la Carta así como sumisión al monarca... esto es lo que según mi opinión daría al clero la potestad legítima que debe tener... Dos pruebas de su celestial origen presenta en mi concepto el Cristianismo; por su moral propende á librarnos de las pasiones y por su política destruye la esclavitud. Es por lo tanto una religión de libertad: esa es precisamente mi religión.*

Detestar la persecución, la intriga y la mentira; desear que la religión se amalgame con la libertad, y se extienda con las luces del siglo, en eso consiste mi verdadera herejía, mi filosofismo real y mi imperdonable pecado. Un hombre que quiere la Carta, pero separándola del Evangelio, predica una doctrina estéril; pero aquel que pide que la Carta sea depositada en el altar, explica un sistema fecundo en seducciones diabólicas, la multitud alucinada concluiría por hacerse partidaria de la reprobada obra que el antiguo Dragon inspiró á Luis XVIII, é hizo jurar á Carlos X.

Para todo espíritu recto, para todo corazón sincero nada de equivoco puede haber en las frases *recriminadas* uniéndolas á los conceptos con que están enlazadas; más deseando dar fin á la cuestión y evitar motivos de anatema por parte de los nuevos doctores, declaro que vivire y moriré *católico, apostólico y romano*. Bien se ve que esta manifestación es clara y terminante ¿se darán los negociantes de religión por satisfechos con ella? Me creerán? Nada de eso: juzgarán mis intenciones por las suyas propias.

Lejos hubiera estado de sacar á relucir miserables críticas en un prefacio si no hubieran recaído sobre un punta de religión: el desprecio, la indiferencia en semejante materia sería criminal. Profeso mi creencia religiosa tan paladinamente, como mis principios políticos: siempre he creído que no puede haber libertad duradera á no cimentarse como la sociedad en masa sobre la religión; más no quiero que la hipocresía se confunda con la fe, el encarnizamiento de la calumnia con el celo de la caridad, ni el abuso de las cosas santas con las cosas santas en sí mismas.

Paso ahora á hablar del escrito que coloqué en las *Misceláneas históricas* del cual Luis XVIII tenía la complacencia de decir que le había valido tanto como un ejército.

Bonaparte es juzgado con severidad en aquel opúsculo acomodado á las exigencias de la época. En aquel período de turbulencia y de pasiones no había lugar de pesar escrupulosamente las palabras: menos se trataba de escribir que de obrar, había que ganar ó perder la batalla en el concepto del público, y si la batalla se perdía, quedaban para siempre dispersos los restos del trono legítimo. La Francia no sabía qué pensar; la Europa asombrada de su victoria, vacilaba; Bonaparte conservando su omnipotencia y escudado con cuarenta mil veteranos permanecía en Fontainebleau; proseguían las negociaciones entabladas con él: el momento era crítico: forzoso era pues ocuparse exclusivamente del hombre que inspiraba temores, y no pararse á indagar lo que en él pudiera haber de eminente; la admiración puesta imprudentemente en la balanza de la opinión pública, la hubiera inclinado en pro del opresor de nuestras libertades. La pa-

tria estaba abrumada por el despotismo, y entregada por la insensata ambición de este despotismo á la invasión extranjera: aun brotaban sangre nuestras recientes heridas: la fortaleza de Vincennes, los destierros, los fusilamientos en la llanura de Grenelle, el anonadamiento de nuestra independencia, las repeticiones de bancarrotas, la iniquidad de la política napoleónica, la ingrata persecución suscitada contra el soberano pontífice, el rapto del monarca español; los desastres de la campaña de Rusia, y por decirlo de una vez, todos los abusos de la arbitrariedad, todas las vejaciones del gobierno imperial, á nadie dejaban la serenidad suficiente para pronunciar un fallo imparcial. No se veía más que la mitad del cuadro: lo defectuoso figuraba en primer término; las perfecciones estaban sepultadas allí entre las sombras.

El tiempo ha seguido su curso; Napoleón ha desaparecido: aquel soldado ante quien los reyes doblaban la rodilla, aquel conquistador que aturdió el mundo con su estrépito, apenas ocupa envuelto en silencio eterno unos pies de terreno sobre una roca en medio del Océano. Mas cuando yo por primera vez ensayé dibujar su retrato, Napoleón aparecía á la faz del mundo como usurpador del trono de San Luis, como usurpador de los derechos de la nación. Siendo yo mismo una de sus víctimas me asocié por de pronto para juzgarlo con las generaciones que padecían; pero después al recordar un cetro perdido y una espada hecha pedazos he debido usar el lenguaje de un historiador concienzudo y de un ciudadano que ve ya afianzada la independencia de su patria. La libertad me he permitido admirar la gloria; pero esta, sentada de hoy más sobre un sepulcro solitario, no volverá á levantarse, para encadenar á mi patria.

En 1814 pinté *Bonaparte y los Borbones*; en 1827 trazé el paralelo entre *Washington y Bonaparte*: mis dos bustos de Napoleón se parecen; más el primero fue modelado sobre la vida, y el otro sobre la muerte: en esta hay más verdad que en aquella.

Dejando el mismo Bonaparte de alimentar contra mí su encono llegó al fin á perdonarme y hacerme alguna justicia. Habiendo caído entre sus manos un artículo en que yo hablaba de su poder, le dijo á M. de Montholon.

Si la confianza régia no hubiera en 1814 y 1815 estado depositada en hombres cuya alma estaba destemplada por las circunstancias demasiado apremiantes, ó que renegando de su patria no veían salvación ni gloria para el trono de su rey más que bajo el yugo de la Santa Alianza; si el duque de Richelieu, que no ambicionaba más que librar á su país de las bayonetas extranjeras; si Chateaubriand que acababa de prestar eminentes servicios en Gante, hubiesen estado al frente de los negocios, la Francia hubiera salido poderosa y respetada de aquellas dos grandes crisis nacionales. Chateaubriand ha recibido de la naturaleza el fuego del genio: sus escritos lo atestiguan. Su estilo no es el de Racine, es el de un Profeta. Solo él en el mundo ha podido decir impunemente en la tribuna de la cámara de los Pares que *la levita gris y el sombrero de Napoleón puestos en un palo sobre la costa de Brest harían correr la Europa á las armas*. (1).

(1) Hé aquí el pasaje á que Bonaparte se refería y del cual no se acordaba bien:

«Arrojado al medio de los mares allá donde colocó Camoens el genio de las tempestades, no puede Bonaparte moverse sobre su roca sin que un sacudimiento nos advierta del menor de sus pasos. Si este hombre se agita en un polo llega el estremecimiento hasta el otro; si la Providencia descarga otra vez su azote; si Napoleón se viera libre en los Estados-Unidos, bastaría que fijara sus miradas en el Océano para turbar la paz del mundo antiguo: solo su aparición en la playa americana del Atlántico obligaría á la Europa á establecer su campamento en la opuesta orilla. (Polémica, art. de 17 de noviembre 1818.)

Posible es que si alguna vez llega á empunar Chateaubriand el timón del Estado, se estravie. ¡Tantos son los que han encontrado en esa situación su ruina! más lo cierto es que á su genio se adapta cuanto es grande y nacional y que por lo tanto habría rechazado con indignación los vergonzosos actos de la administración de aquel tiempo.» (*Mémoires para la Historia de Francia en tiempo de Napoleón* por M. de Montholon, tom. iv, pág. 248.)

¿Por qué no he de confesar que esa opinión de Bonaparte *athaga la orgullosa debilidad de mi corazón*? No faltan pequeños hombres á quienes he hecho grandes servicios, que no han formado de mí una opinión tan favorable como el gigante de cuyo crimen (2) me atreví á desertar y á combatir el poder. De todos modos comparando el escrito de *Bonaparte y los Borbones* con el paralelo entre Bonaparte y Washington (3), y con algunas páginas de mi *Polémica* se sabrá poco más ó menos cuanto bueno ó malo puede decirse acerca de aquel á quien los pueblos llamaron *azote*. Las calamidades con que Dios nos castiga participan algo de la eternidad y magnitud de la ira divina que las ha lanzado sobre nuestras cabezas. *Ossa arida... dabo vobis spiritum, et vivetis.* (EZEQUIEL.)

SOBRE BONAPARTE Y LOS BORBONES.

30 DE MARZO 1844.

No, jamás creeré que escribo sobre la tumba de la Francia: no puedo menos de persuadirme que tras del día de la venganza no hayamos ya llegado al día de la misericordia. El antiguo patrimonio de los reyes Cristianísimos no puede ser dividido; no, no perecerá este reino que Roma moribunda dió á luz en medio de sus ruinas, como postrer esfuerzo de su grandeza. No son los hombres únicamente los que han impelido los acontecimientos al estado en que los vemos; la mano de la Providencia ha influido en ellos visiblemente: el Dios de las batallas se ha puesto al frente de los ejércitos y ha tomado asiento en el consejo de los reyes. ¿Cómo podrían explicarse no recurriendo á la influencia divina la prodigiosa elevación, y la caída aun más prodigiosa de aquel que hace algún tiempo hollaba bajo sus plantas al mundo? Aun no hace quince meses que se hallaba en Moscú, y en la actualidad los rusos ocupan á París! Todo se estremecía bajo el imperio de su ley, desde las columnas de Hércules hasta el Cáucaso, y en el momento presente anda fugitivo, errante, sin tener un asilo: su poder avanzó como el flujo del mar, y se retiró como el reflujo.

¿Cómo explicar las faltas de aquel insensato? Advértase que aun no estamos hablando de sus crímenes.

Estalla en Francia una revolución preparada por la depravación de costumbres y por las aberraciones del espíritu. En nombre de la ley caen al suelo la religión y la moral: repútese por supérflua la experiencia y el modo de vivir de nuestros padres: derribábase las tumbas de nuestros antepasados, base sagrada de todo gobierno estable, para fundar sobre una razón incierta una sociedad sin pasado y sin porvenir. Dejándonos llevar de la mano por la locura, pérdida toda noción de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal, recurrimos errantes por todas las formas de las constituciones republicanas. Fue llamado el populacho á deliberar en medio de las calles de París, sobre las mismas grandes cuestiones que el pueblo romano iba á discutir al Foro, después de haber dejado sus armas

(2) El asesinato del duque de Enghien.

(3) Viaje á América.

y haberse bañado en las corrientes del Tiber. Entonces fue cuando salieron de sus guaridas todos aquellos reyes semi-desnudos, asquerosos y embrutecidos por la independencia, deformes y mutilados por los trabajos, sin mas virtud que la insolencia de la miseria, y el orgullo de los harapos. No tardó la patria en verse cubierta de llagas tan pronto como sintió el contacto de semejantes manos. ¿Qué vino en pos de aquellos furores y de aquellas quimeras? Vinieron los crímenes y las cadenas.

Pero al menos el objeto que al parecer se proponían entonces, era noble. No debe hacerse cargo a la libertad de los crímenes que en nombre suyo se cometen: la verdadera filosofía no es por cierto madre de las pestíferas doctrinas que los falsos sabios proclaman. Al fin la multitud ilustrada por la experiencia comprendió que el gobierno monárquico era el único que convenia a la patria.

En tal situación de cosas era lo mas natural que la Francia hubiera llamado a sus príncipes legítimos; pero la Francia temió que no habría perdón para la enormidad de sus crímenes: no se tuvo presente que el corazón de un hijo de San Luis es un inagotable tesoro de misericordia. Unos temían por su vida; otros tenían temores de perder las riquezas adquiridas. Sobre todo costaba demasiado trabajo al orgullo humano hacer una franca confesión de su error. ¿Como! Tantos asesinatos, trastornos y desgracias para volver al mismo punto de donde se había partido! Hallándose aun conmovidas las pasiones no podían renunciar las pretensiones de toda especie a la igualdad quimérica, a la causa principal de todos los males. Razones de alta consideración impelían a la Francia; razones de poco momento la detuvieron: la felicidad pública se vió sacrificada al interés personal, la justicia cedió el paso a la vanidad.

Fue pues preciso pensar en restablecer un jefe supremo que fuese hijo de la revolución, un jefe cuya corrupción contemporizase con la ley corrompida en su origen ó hiciese alianza con ella. En medio de sus discordias domésticas la Francia había visto formarse magistrados íntegros, llenos de firmeza y denuedo, y capitanes tan ilustres por su probidad como por sus talentos; mas a ninguno de estos ofreció un poder que sus propios principios no les hubieran permitido aceptar. Desesperábase ya de encontrar entre los franceses una frente que osara ceñirse la corona de Luis XVI: presentóse un extranjero, y éste fue el elegido.

Bonaparte no anunció francamente sus proyectos: su carácter se fue desarrollando sucesivamente. Bajo el modesto título de cónsul fue por de pronto acostumbando a los espíritus independientes a no tener recelos del poder que le habían dado. Captóse la voluntad de los buenos franceses proclamándose restaurador del orden, de las leyes y de la religion. Los mas diestros cayeron en el lazo, los mas previsores no conocieron el artificio. Los republicanos miraban a Bonaparte como obra suya, y como jefe popular de un estado libre: los realistas le consideraban como un segundo Monk, y se apresuraban a servirle, y al paso que todos cifraban en él sus esperanzas, se veía colmado de la gloria que el valor francés conquistaba en los campos de batalla. Entonces se embriagó con el humo de la prosperidad, y su inclinación al mal comenzó a ponerse en evidencia. El porvenir no sabrá con certeza si este hombre es mas culpable por el mal que hizo, que por el bien que pudo hacer y no hizo. Jamás se ha presentado a usurpador alguno mision mas brillante ni fácil de llevar a cabo. Con solo un poco de moderación se hubiera él y su raza sentado en el primer trono del universo. Nadie le disputaba este trono: las generaciones venidas a la luz desde el principio de la revolución no conocían a los antiguos eves de Francia, ni nada mas habían tenido ocasion

de ver que turbulencias y calamidades. La Francia y la Europa estaban ya cansadas: solo se deseaba reposo y este se hubiera comprado a cualquier precio. Mas Dios no quiso que se diera al mundo el pernicioso ejemplo de que un aventurero pudiera turbar el orden de las sucesiones régias, hacerse heredero de los héroes, y aprovecharse en un solo día del despojo, del talento, de la gloria y del tiempo. Careciendo un usurpador de los derechos del nacimiento no puede justificar sus pretensiones al trono, sino por medio de virtudes. Nada de esto tenia Bonaparte en su favor no contando con sus talentos militares, igualados y aun acaso excedidos por los de otros muchos generales. Bastóle para su perdición el que la Providencia le abandonara dejándolo en manos de su propia locura.

Cierto rey de Francia acostumbraba decir que así la buena fe llegara a ser desterrada de entre los hombres, no debería encontrarse sino en el corazón de los reyes: esta prenda de su alma régia es la que faltó esencialmente a Bonaparte. Las dos primeras víctimas que se conocen de la perfidia del tirano fueron dos gefes realistas de Normandía. Los señores de Frotte y el baron de Commarque cometieron la noble imprudencia de dejarse atraer a una conferencia mediante la fe de una promesa: el resultado fue ser arrestados y pasados por las armas. De allí a poco Santos Louverture fue arrebatado por una traición en América y probablemente pereció estrangulado en la fortaleza que le servía de prisión en Europa.

Otro asesinato vino en breve a llenar de consternación al mundo civilizado. Creyóse que volvían a aparecer aquellos tiempos de barbarie de la edad media, aquellas escenas que no se encuentran ya sino en las novelas, y aquellas catástrofes que las guerras de Italia y la política de Maquiavelo habían hecho comunes en el otro lado de los Alpes. El extranjero que aun no había llegado a ser rey, quiso tener por escabel del trono el ensangrentado cuerpo de un francés. ¿Y qué francés, Dios eterno! Derecho de gentes, justicia, religion, humanidad, todo fue violado para consumir este crimen. El duque de Enghien fue arrestado en un país extranjero y en tiempo de plena paz. Cuando salió de Francia era aun demasiado joven para conocerla a fondo. Desde el rincón de una silla de posta, entre dos gendarmes fue desde donde pudo por primera vez contemplar el patrio suelo en tanto que atravesaba rápidamente los campos ilustrados por sus abuelos, para ir a morir!—En medio de la noche llegó al fuerte de Vincennes. Al resplandor de las antorchas, bajo las bóvedas de una prisión, el nieto del gran Condé fue declarado culpable de haberse dejado ver en los campos de batalla, y hallándose convicto de este crimen hereditario, en el acto se le condenó a muerte. En vano suplicó que le permitieran hablar a Bonaparte. (¿Oh sencillez tan interesante como heroica!) el bizarro joven era uno de los mas ardientes admiradores de un asesino... no podía creer que un capitán quisiera asesinar a un soldado. Hallándose aun estenuado de hambre y de fatiga le mandaron descender al foso de la fortaleza y allí se encontró con un hoyo recientemente abierto... Desnudáronle de su traje: ataronle una linterna sobre el pecho para distinguirlo entre las tinieblas y ofrecer un blanco a los fusiles que se iban a asestar contra su pecho. Pidió un confesor: rogó a los verdugos transmitirán a sus amigos las últimas pruebas de afecto, sus recuerdos, y los verdugos le contestaron con groseras é insultantes palabras. Dióse la voz de fuego, y el duque de Enghien cayó... sin testigos, sin consuelo en medio de su patria; a pocas leguas de Chantilly, a pocos pasos de aquellos árboles seculares a cuya sombra el santo rey Luis administraba justicia a sus vasallos, en la prisión donde Monsieur el príncipe fue encerrado, murió el joven, el gallardo, el valiente, el último vástago del vencedor de Rocroy, murió como hubiera

muerto el gran Condé, murió como su asesino no sabrá morir. Su cadáver fue enterrado furtivamente y Bossuet no volverá a la vida para dejar oír su elocuente voz sobre aquellas cenizas.

Al que por un crimen había descendido al último término de degradación a que puede llegar la especie humana, nada le faltaba mas que aparentar elevarse sobre la humanidad por la altura de sus designios, dar por pretexto de un atentado razones inaccesibles al vulgo, y hacer que el abismo de iniquidades fuese considerado como profundidades del talento. Bonaparte se valió de aquel miserable recurso que a nadie engaña, y que no vale lo que un simple arrepentimiento: no pudiendo ocultar su crimen, lo publicó.

Cuando se oyó en París proclamar la sentencia de muerte, hubo un movimiento de horror que nadie trató de disimular. Preguntábase con qué derecho acababa de derramar un extranjero la sangre mas ilustre y mas pura de la Francia. ¿Creía acaso aquel extranjero remplacear con su propia familia, la familia que acababa de extinguir? Los militares se sintieron afectados mas particularmente: pareciales que el apellido de Condé les pertenecía como cosa propia, y que en él venia simbolizado el honor del ejército francés. Varias veces los antiguos granaderos se habían encontrado en el ardor del combate con las tres generaciones de héroes, el príncipe de Condé, el duque de Borbon y el duque de Enghien, hasta habían llegado a herir al duque de Borbon; pero la espada de un francés no podía agotar aquella noble sangre: solo a un extranjero le era dable extinguir su corriente.

Cada nacion tiene sus vicios, y los de la Francia no son por cierto la traición, la perfidia ni la ingratitude. El asesinato del duque de Enghien, los tormentos y la muerte dados a Pichegru, la guerra de España y el cautiverio del pontífice revelan en Bonaparte una naturaleza extranjera a la Francia. No obstante el peso de las cadenas de que el país se sentia abrumado, tan sensibles a las desgracias como a la gloria, lloraron los franceses al duque de Enghien, Pichegru, Georges y Moreau; admiraron los hechos de la inmortal Zaragoza, y tributaron respeto al pontífice cargado de cadenas. El que privó de sus Estados al venerable sacerdote cuya mano le había marcado con el sello de los reyes, el que en Fontainebleau se propuso, segun dicen, hasta el punto de pegar al soberano pontífice, y arrastrar por sus blancos cabellos al padre de los fieles, ese creyó tal vez alcanzar con tales atentados una nueva victoria. No sabía el insensato que al heredero de Jesucristo le quedaba aun el cetro de caña y la corona de espinas que tarde ó temprano triunfa siempre del poder del malvado.

Tiempo vendrá, yo lo espero, en que los franceses libres enteramente declararán por medio de un acto solemne no haber tenido parte alguna en aquellos atentados de la tiranía: manifestarán que el asesinato del duque de Enghien, el cautiverio del papa y la guerra de España fueron actos impíos, sacrilegos, abominables, esencialmente contrarios a su carácter nacional, y cuya infamia no puede recaer sino sobre la frente del extranjero.

Bonaparte se aprovechó del terror que el asesinato de Vincennes causó entre los franceses para dar el último paso y escalar el trono.

Entonces principiaron las grandes saturnales de la monarquía: los crímenes, la opresion y la esclavitud marcharon de consuno con la locura. En aquel triste momento espiró toda libertad, toda afeccion honrosa, toda idea de generosidad fueron consideradas como crímenes contra el Estado. El que hablaba de virtud, se hacia sospechoso, el que alababa una buena accion, injuriaba al monarca reinante. Hasta las palabras cambiaron de significacion: al pueblo que combatía por su legítimo soberano se le llamaba pueblo rebelde; al súbdito fiel se le denominaba traidor; la

Francia entera se convirtió en imperio de la mentira: periódicos, folletos, discursos, prosa, verso, todo a porfia se encaminaba a disfrazar la verdad. Si lloraba, cien voces, aseguraban que el cielo estaba sereno; si el tirano se paseaba sombrio entre un pueblo mudo, decian con toda seguridad que iba avanzando entre las entusiastas aclamaciones de la muchedumbre. El blanco de todo objeto era el monarca: la moral consistía en someterse ciegamente a su albedío; el deber de todo ciudadano estribaba en vociferar panegíricos. Cuando el monarca incurria en una falta, ó se denigraba con un nuevo crimen, entonces particularmente habia que entonar en alta voz cantos de admiracion. Obligábase a los literatos por medio de amenazas a celebrar al déspota. Al publicar una composición tenian que andar regateando los grados de alabanza que en ella habían de poner, y se llamaban dichosos, cuando a costa de algunos pasajes comunes sobre la gloria de las armas, compraban el derecho de exhalar un fu tivo suspiro, denunciar algun crimen ó recordar alguna verdad proscrita. El elogio de Bonaparte era, digámoslo así, como el sello, como el timbre de esclavitud con que debia engalanarse todo libro para salir a la vista del público: en las nuevas ediciones de autores antiguos tenia buen cuidado la censura de suprimir todos los pasajes contra los conquistadores, contra la esclavitud y la tiranía, bien así como poco antes el Directorio se había tomado la molestia de corregir en los mismos autores todo cuanto hablase de monarquía y de reyes. Hasta los calendarios eran escrupulosamente examinados por la censura, y la ley de quintas se convirtió en nuevo artículo de fe en el catecismo. Las nobles artes gimieron bajo la misma servidumbre: Bonaparte, supongamos, envenena a los apesados de Jafa; la pintura se da prisa a representarlo en un lienzo tocando con sus propias manos por un exceso de valor y de humanidad a las desgraciadas víctimas del contagio. No era así, no, como San Luis curaba los enfermos que una tierna y religiosa confianza hacia llegar a sus manos. Por lo demás nadie hable de opinion pública: el soberano debe disponer de ella a su placer. En la policía perfeccionada por Bonaparte, habia un comité encargado de dar direccion a los ánimos y al frente de este comité figuraba un director de la opinion pública. La impostura y el silencio eran los dos grandes recursos que se empleaban para mantener al pueblo en el error. Si la juventud parecia en el campo de batalla, ¿creará alguno que el gobierno atendía al interesado que preguntaba por ella, ni que descendía hasta el punto de darle alguna explicacion acerca de la suerte que le había cabido? El gobierno tomaba medidas para que pasasen desapercibidos los hechos mas importantes a la patria, a la Europa y al mundo entero. ¿Llegaban los enemigos hasta Meaux? no lo hubierais sabido hasta que la precipitada fuga de los aldeanos os lo advirtiera: todos los sucesos iban envueltos en tinieblas: burlábase de las inquietudes del público: reianse de sus dolores: ningun caso se hacia de lo que el ciudadano podía sentir ó pensar. ¿Había alguno que elevara la voz? al momento se presentaba un espía que lo delataba, un gendarme que lo arrastraba preso ante una comision militar: caía sobre el desgraciado la sentencia de muerte, cumpliase y nadie se volvía a acordar del.

No se daban por satisfechos con encadenar a los padres; era preciso disponer de los hijos. No faltaron casos en que madres anegadas en llanto vinieron desahadas desde las extremidades del imperio, reclamando los hijos que el gobierno les había arrebatado. Estos hijos habían sido puestos en unas escuelas donde reuniéndose a son de tambor se hacían irreligiosos, disolutos y despreciadores de las virtudes domésticas. Si habia algun sabio y digno preceptor que se atreviera a recordar la antigua experiencia y las lecciones de

moral; al punto se veía denunciado como traidor, como fanático, como enemigo de la filosofía y del progreso de las luces. La autoridad paterna, respetada por los más abominables tiranos de la antigüedad, era tratada por Bonaparte como un abuso, como una preocupación. Su intención era convertir la juventud de aquella época en una especie de mamelucos sin Dios, sin familia y sin patria. No parece sino que aquel enemigo universal se había propuesto destruir á la Francia por su base.

En el breve espacio de diez años desmoralizó á los hombres, hizo más daño al humano linaje, que todos los tiranos de Roma juntos, desde Neron hasta el último perseguidor de los cristianos. Los principios que servían de norma á su administración pasaban del gobierno á las diversas clases de la sociedad, y así es como un gobierno perverso disemina el vicio entre los pueblos, precisamente lo mismo que un gobierno sabio hace fructificar la virtud entre los gobernados. Desde el trono bajaban infiltrándose en las familias la irreligión, el afán de gozar, los gastos ruinosos, el desprecio á la moral y el espíritu de la inconstancia, de la violencia y de la dominación. Si tal gobierno se hubiese prolongado, la Francia no hubiera llegado á ser más que una caverna de bandidos.

Los crímenes de la revolución republicana fueron obra de las pasiones, que siempre dejan algún recurso: hubo desorden en aquella época, pero no hubo destrucción de la sociedad. Afectada estaba ciertamente la moral; pero no aniquilada. La conciencia sentía remordimientos; no dominaba una indiferencia destructora que envolviera al criminal juntamente con el no culpable, y así es, que las desgracias de aquel período hubieran podido ser prontamente reparadas. ¿Mas quién podría curar las heridas hechas por un gobierno que establecía por principio el despotismo; y que al paso que de nada más hablaba que de moral y religión, las iba destruyendo sin cesar con sus instituciones y con su desprecio; que no trataba de fundar el orden sobre el deber y la ley, sino sobre la fuerza y el espionaje de la policía; que á la estúpida inercia de la esclavitud llamaba paz de una sociedad bien organizada, fiel á las costumbres de sus padres, y caminando silenciosamente por el sendero de las antiguas virtudes? Las más terribles revoluciones son preferibles á semejante estado. Si las guerras civiles producen los crímenes públicos, también dar origen por lo menos á las virtudes particulares, desarrollan los talentos y ponen en evidencia á los grandes hombres. Solo con el despotismo es como desaparecen completamente los imperios, porque abusando de todos los medios, matando más bien las almas que los cuerpos, llega por último el despotismo á producir la disolución social y á facilitar el paso á la dominación de un conquistador extranjero. No hay un solo ejemplo de haber perecido una nación libre por efecto de guerras entre los ciudadanos: un pueblo encorvado por la violencia de sus tempestades domésticas, siempre ha concluido por erguir la cabeza con más vigor.

¿Pondérase la administración de Bonaparte! Si la administración consiste en números; si para bien gobernar basta saber cuánto produce una provincia en trigo, en vino y en aceite; cuál es el último maravedí que se puede sacar de ella; y el último hombre con que puede contribuir al ejército; desde luego confesamos que Bonaparte era un gran administrador: es imposible dar mejor organización al mal, ni arreglar con más orden el desorden. Mas si la mejor administración es la que proporciona al pueblo el beneficio de la paz, la que fomenta en su seno principios de justicia y equidad, la que es avara de sangre humana, y la que respeta los derechos de los ciudadanos y las propiedades de las familias; el gobierno de Bonaparte tomado bajo este punto de vista, ha sido el peor de los gobiernos.

Aun considerándolo según su propio sistema, aparece lleno de faltas y de errores. Parte de las rentas del Estado eran absorbidas por los excesivos gastos de la administración. Ejércitos de aduaneros y de cobradores devoraban las contribuciones que tenían la comisión de recaudar. El más insignificante jefe de oficina tenía á sus órdenes cinco ó seis agentes. Parecía que Bonaparte se hallaba en guerra abierta con el comercio. Si algún nuevo ramo de industria brotaba en el país, al momento lo sometía á su influencia y lo agostaba entre sus manos. El tabaco, la sal, la lana, los géneros coloniales, para él todo era objeto de monopolio. Bonaparte era el único comerciante de su imperio. Con absurdas combinaciones, mas bien dicho, con una ignorancia y una decidida aversión á la marina, acabó de perder las colonias y arruinar las escuadras. Mandaba construir buques de grandes dimensiones, ¿mas qué hacía con ellos? Dejarlos podrir en los puertos ó desarmarlos para remediar con sus despojos las necesidades de los ejércitos de tierra. Cien fragatas diseminadas por todos los mares, habrían podido causar considerable daño á los enemigos, formar buenos marinos, y proteger á la marina mercante; pero estas nociones tan sencillas y al alcance del sentido común, no tenían entrada en la cabeza de Bonaparte. Tampoco se le deben atribuir los progresos que hizo la agricultura, pues no dependen sino de la repartición de las grandes propiedades, de la extinción de algunos derechos feudales, y de otras muchas causas producidas por la revolución.

Aquel hombre turbulento y extravagante fatigaba diariamente al pueblo que de nada necesitaba más que de sosiego, con decretos contradictorios, y con frecuencia irrealizables: por la noche violaba lo que había establecido por la mañana. En diez años devoró quince mil millones de (1) contribución, cuya suma excede la de las cobradas durante los 73 años del reinado de Luis XIV. No le bastaban ni el despojo del mundo, ni los mil y quinientos millones de renta: toda su ocupación se reducía á aumentar su tesoro por medios los más inicuos. Cada prefecto, cada subprefecto estaba autorizado para aumentar los derechos de puertas de las ciudades, imponer condicionalmente algunos centimos más á los consumos de las poblaciones, y hasta de las cabañas de su distrito, y pedir á este ó aquel propietario una cantidad arbitraria para tal ó cual supuesta necesidad. Ejercíase el saqueo sobre toda la Francia. Las enfermedades, la indigencia, la muerte, la educación, las ciencias, en una palabra todo tenía que pagar su tributo al monarca. El padre que tenía un hijo lisiado é incapaz para el servicio de las armas estaba obligado á pagar al erario 1500 francos para consolarse de aquella desgracia. Alguna vez el quinto conscripto moría de enfermedad sin haber sido reconocido por el capitán encargado del depósito. En este caso se podría suponer que el padre quedaba exento de pagar los 1500 francos: nada de eso. Si la declaración de enfermedad se había hecho antes del momento de la muerte, el padre tenía que pagar aquella suma sobre la tumba de su hijo, como que este se hallaba aún en vida en el momento de la declaración. ¿Quería algún pobre dar educación á un hijo? por de pronto tenía que pagar una suma á la universidad y luego un censo sobre la pensión con que gratificaba al preceptor. Si un autor moderno citaba á otro antiguo, la censura le exigía un centimo por cada pliego de citas, por la razón de haber caído los escritores antiguos en lo que se llamaba *dominio del público*. Si las citas se hacían en una obra traducida, no se pagaba más que medio centimo por pliego, porque en tal

(1) Es un cálculo aproximativo: no me precio de presentar cuentas minuciosamente redactadas por francos y centimos.

caso la cita era de *dominio mixto*, es decir que la mitad del trabajo era propiedad del escritor muerto y la otra del traductor. Cuando Bonaparte mandó distribuir durante el invierno de 1812 alimentos á los pobres, se creyó que aquel rasgo de generosidad sería pagado de su bolsillo: pero esta generosidad se redujo á imponer algunos centimos condicionales á la contribución ordinaria, y con este motivo pudo ganar cuatro millones con la sopa de los indigentes. Finalmente llegó al extremo de apoderarse de la administración de los funerales: era en efecto cosa muy digna del destructor de los franceses el cobrar una contribución por sus cadáveres. Y ¿quién había de reclamar la protección de las leyes, si él mismo era quien las confeccionaba? El cuerpo legislativo tuvo una vez la audacia de hablar y no le costó más que ser disuelto. Un solo artículo de los nuevos códigos daba rápidamente al traste con la propiedad. El administrador de distrito podía decir á cualquiera ciudadano: «Vuestra propiedad pertenece al dominio público, es decir, es nacional. Por de pronto os la secuestro: podéis defender vuestro derecho: si el dominio público carece de razón, se os devolverá vuestro propiedad.» Y ¿á quién se recurría en demanda de este derecho? ¿á los tribunales ordinarios? Nada de eso. Estos asuntos eran de competencia del consejo de Estado: litigábase ante el emperador, y el emperador era juez y parte.

Si tan insegura era la propiedad, menos solidez había aun para la libertad civil. ¿Qué cosa más monstruosa podía darse que aquella comisión nombrada para inspeccionar las prisiones, y por cuyo mero informe podía un hombre permanecer detenido toda su vida en un calabozo, y ser puesto sin formación de causa en tormento, ser arrebucado durante la noche ó extrangulado entre las puertas de la mazmorra? En medio de este Bonaparte mandaba nombrar anualmente comisiones de libertad de imprenta y de libertad individual. Jamás llegó Tiberio á burlarse con tal descaro de la especie humana!

La contribución de sangre era la digna cúpula de esta obra del despotismo. La Escandinavia, llamada por cierto historiador *fábrica del género humano*, no hubiera suministrado bastantes hombres para dejar satisfecha aquella ley homicida. El código del llamamiento al servicio de las armas será eterno monumento del reinado de Bonaparte. Allí se encuentra recopilado todo cuanto la tiranía puede inventar más sutil é ingenioso para torturar y destruir los pueblos: es aquel código verdaderamente un código del infierno. Las generaciones de Francia estaban sujetas á un desmembramiento normal como los árboles de un bosque: cada año tenían que abandonar sus hogares 80,000 jóvenes, cuyo número podía ser doblado ó aumentado con otras tantas extraordinarias, y alguna vez devoró con anticipación á sus futuras víctimas, á manera del dissipador que empeña las rentas que aun no ha llegado á poseer. Al último se desentendieron de reglamentos é hicieron tomar las armas á cuantos jóvenes necesitaron sin detenerse en contarlos: no eran muy delicados en cuanto á las condiciones que se necesitaban para morir en el campo de batalla: la inexorable ley se manifestaba en extremo indulgente sobre este particular. Remontábase hacia la infancia; descendían hacia la vejez: el reformado, el que se hallaba de reemplazo, todos volvían nuevamente al servicio: el hijo de algún pobre artesano librado acaso por tres veces á costa de la pequeña fortuna de su padre, tenía que volver á tomar el fusil. Ni las enfermedades ni los defectos corporales no eran causas de exención. Columnas móviles recorrían el territorio francés como si fuera un país enemigo, arrebatando al pueblo sus últimos hijos. Si alguno se quejaba de semejante desolación, le contestaban diciendo que en las columnas móviles había

hermosos gendarmes que podrían consolar á las madres y volverles á dar lo que habían perdido. Si un hermano se hallaba ausente, era soldado el otro hermano. El padre respondía del hijo, la mujer del marido: extendíase la responsabilidad á los parientes más lejanos, y hasta á los vecinos de la casa. Un pueblo entero tenía que ser fiador del quinto que había nacido en su recinto. Ciertos comisionados de apremio se instalaban en casa del aldeano de donde faltaba un quinto y le obligaban á vender hasta el lecho para alimentarlos, de modo que para redimirse de esta carga no quedaba otro arbitrio que buscar al fugado aunque estuviera oculto en las malezas de los bosques. Lo absurdo venía de la mano con lo atroz: muchas veces se pidieron hijos á los que habían tenido la dicha de carecer de posteridad: usaron de violencias para descubrir el paradero del portador de un nombre que no existía sino en las apuntaciones de los gendarmes, ó reclamaron como fugado de la quinta al que hacía cinco ó seis años que estaba incorporado á su regimiento. Hubo caso de haber sido puesta en tormento una mujer embarazada para que declarase el lugar en que estaba oculto el primer fruto de sus entrañas: hubo padres que tuvieron que presentar el cadáver de su hijo, para probar la imposibilidad en que se hallaban de presentarlo vivo. Quedaban aun algunas familias acomodadas cuyos hijos habían podido librarse: estos jóvenes dedicándose á los estudios prometían llegar á ser con el tiempo magistrados, ó empleados públicos, ó sabios, ó propietarios, ó de algún modo útiles al orden social de una gran nación: para envolver á estos jóvenes en la común ruina se instaló el cuerpo militar llamado *guardias de honor*, y en sus filas tuvieron que asistir á la matanza general. Llegó á tal punto el desprecio de la vida de los hombres y de la nación, que á los quintos se les daba el nombre de *materia primera y carne de cañón*. Alguna vez se promovió entre aquellos abastecedores de carne humana la gran cuestión de averiguar cuánto tiempo duraría un quinto: diciendo unos que duraría treinta y tres meses y otros treinta y seis. El mismo Bonaparte solía decir: *tengo trescientos mil hombres de renta*. En los once años de su reinado ha hecho perecer más de cinco millones de franceses, suma que excede á cuantos murieron en las guerras civiles ocurridas durante tres siglos en los reinados de Juan, Carlos V, Carlos VI, Carlos VII, Enrique II, Francisco II, Carlos IX, Enrique III, y Enrique IV. En el último año que acaba de transcurrir, Bonaparte ha tomado para el servicio de las armas (sin contar la milicia nacional) 1,300,000 hombres, ó lo que es lo mismo, más de 100,000 hombres por mes: ¿y aun hay quien se atreva á decir que no ha echado mano más que del lujo, del exceso de la población!

No era difícil conjeturar lo que acaba de suceder: todos los hombres sensatos decían que la conscripción, agotando las fuerzas de la Francia, la dejaba expuesta á la invasión tan luego como se viese formalmente atacada por los aliados. El cuerpo nacional, desangrado por el verdugo, hallándose exhausto de sangre, no ha podido oponer más que una débil resistencia, y no es el único escollo á que la pérdida de tantos hombres encaminaba á la nación: aquel funesto sistema propendía á sumergir la Francia, la Europa entera en la barbarie; los artes y las letras iban á quedar inevitablemente destruidas. Un joven que debe morir á los diez y ocho años no puede dedicarse á ningún estudio. Viéndose las naciones vecinas obligadas á defenderse tenían que recurrir á los mismos medios, y abandonar todas las ventajas de la civilización; y precipitándose finalmente los pueblos unos sobre otros; como en el siglo de los godos y de los vándalos, habrían visto renacer las desgracias de aquella época. Al romper aquel furor de guerras los